

El Eco de San Sebastian

DIARIO LIBERAL VASCONGADO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Península: Trimestre, 3'50 pesetas.—Un año 12.
 Extranjero y Ultramar: Semestre, 18 pesetas.—Un año, 34 id.
 Anuncios preferentes, á 0'15 pesetas línea; remitidos y comunicados á precios módicos.
 Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 id.
 Número suelto en el extranjero, 0'45 céntimos.

REDACCION:

GARIBAY, 24, BAJO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración: Andía, 2, accesorio.
 En Madrid, Carrera de San Jerónimo, 2, librería,
 Extranjero: Agencia de C. A. Saevedra, Rue Blanche 55, Paris
 encargada de recibir anuncios extranjeros.
 Toda la Correspondencia á la Direccion del periódico.

LA GACETA.

La Gaceta recibida ayer, contiene las disposiciones que siguen:

Ministerio de Gracia y Justicia.—Real decreto conmutando por la pena de cadena perpetua la sentencia de muerte que la Audiencia de Teruel impuso á Félix Pilluero, Leon de Gracia y Vicente Chapo, en causa por el delito de robo y homicidio.

—Otro concediendo igual conmutacion á Ramon Casas y Juan Francisco Grillé, sentenciados por la Audiencia de Santiago, por el delito de asesinato.

Estado.—Escalañon de la carrera diplomática en 31 de Diciembre último.

VARIETADES

EMILIO CASTELAR.

LA ELOCUCION ESPAÑOLA.—DISCURSO POR FERMIN HERRAN.

Filosofía y religion, ciencia y artes, literatura é historia; la poesía y el lenguaje, todos los ramos, en fin, del saber, se hallan más ó menos penetrados é imbuidos por el pensamiento de Hegel. (Historia de la Filosofía, por Fray Ceferino Gonzalez).

No hay ciencia que sea más apta para el desarrollo del sistema hegeliano que la histórica en que las instituciones, gobiernos, sociedades y pueblos enteros marchan armónicamente por el sendero marcado por la Providencia Divina, dejando en pos de sí huellas imperecederas que el historiador se encarga de recoger y acumular para ajustarlas á la ley filosófica que rige los destinos de la Humanidad. Ese maravilloso proceso de la ley de contradicción constante que evoluciona en sus tres aspectos de tesis, antítesis y síntesis, forjado *a priori* por la poderosa inteligencia del filósofo panlogista, nos obliga á presentar sociedades contra sociedades, razas contra razas, pueblos contra pueblos, para ver

brillar luego en la cúspide de la contradicción, la síntesis portentosa que en sí reúne, misteriosamente combinados, el ser y el no ser, lo finito y lo infinito, el mundo y Dios.

No ha sido extraño á la influencia poderosa que en las inteligencias del siglo XIX ha producido el pensamiento de Hegel, nuestro elocuente orador D. Emilio Castelar. Pormás que haya combatido en sus principios la soberbia construcción panteística del filósofo de Stuttgart, sus elucubraciones históricas hallanse imbuidas y penetradas íntimamente del espíritu contradictorio de aquel. Sus grandes concepciones en que pueblos, naciones, razas y estirpes sirven de base y fundamento á instituciones derrumbadas por el genio de otras razas y otros pueblos, son ajustadas en el fondo y la forma á las perpétuas antinomias y á las leyes sintéticas que presiden las continuas evoluciones del espíritu de la Humanidad.

Así, vemos en el discurso (1) que motiva estos renglones, al Oriente con sus leyes fijas é inmutables que aherrajan al hombre y le hacen sentir el hábito de la Divinidad; á Grecia con su humanidad riante y emprendedora cuyo Dios es el hombre y cuya ley la filosofía; al Cristianismo con su conjunción de lo divino y lo humano en la persona del Salvador, con su maravillosa religion, con su moral inextinguible, con la síntesis misteriosa del hombre y Dios, del mundo y del infinito increado.

Y lo mismo que sucede en el campo de la Historia, sucede también en el del arte, en el de la religion y en el de todas las demás manifestaciones del espíritu.

Justificados y altamente provechosos serian la admiración y el respeto que á todos causan las gigantesca construcción histórica del gran orador, si á la profundidad aparente y al esplendor magnífico de la forma, unieran la solidez necesaria á todo edificio filosófico, sin la cual, se derrumba con estrépito, apenas se penetra en su fondo con la razón fría y despejada de toda ficción y entusiasmo. De aquí las grandes contradicciones que revela en su discurso; por un lado, parece que considera la imitación de la Naturaleza como el supremo objetivo del Arte, al ponderar de tan elocuente manera el sentimiento de la Naturaleza despertado en el siglo XVI por la in-

(1) Discurso pronunciado por D. Emilio Castelar en su ingreso en la Academia Española

cida en las lenguas modernas, parecían doctrinas, consejos que descendían de las alturas. Era un arcángel de bondad el que hablaba por boca del obispo.

Cuando terminó, los sacerdotes entonaron unidos un largo *amen*, después, el órgano preludió cortos sonidos religiosos, y el prelado dió principio á las letanias de los santos, mientras los fieles, á cada versículo, contestaban, «Ora pro nobis.» De dos en dos se adelantaron los ordenandos y se arrodillaron ante el obispo, que, sentado en su trono, con la mitra en la cabeza, habiendo cesado las letanias y el sonido del órgano, y mientras reinaba por la iglesia un sonido acompañado de trepidaciones, impuso, sin decir una palabra, sus dos manos sobre la cabeza de los ordenandos. Después hicieron lo mismo los sacerdotes.

A la imposición de las manos siguieron las demás ceremonias de rúbrica.

Cuanto más adelantaba el solemne acto en virtud del cual se veía Gregorio revestido de la dignidad sacerdotal, desaparecía el gran temor que le había dominado hasta entonces.

Sucedía con él lo que con un guerrero de la edad media, próximo á bajar por primera vez á la arena de un torneo á dar pruebas de su valor. Revestido todavía del justillo de terciopelo, con el gorro de plumas en la cabeza, al oír el sonido de las trompas anunciando la proximidad de la contienda, acaso aquel joven guerrero sintiera por un instante

fluencia del Renacimiento, considerando á las criaturas como desvanecidas por el arte cristiano en la Divinidad representada por la Iglesia; y por otro lado declara que el arte no es otra cosa que lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza.

No queremos continuar haciendo resaltar las innumerables contradicciones que en el trascurso de su oración irian apareciendo, porque sería empresa larguísima y que no conduciría á otro resultado que el de patentizar de clarísimo modo la gran influencia que en el espíritu del gran orador ha producido la moderna filosofía de la Historia informada casi por completo por el genio panlogista de Hegel. Por lo demás, lo mismo en este que en todos sus discursos brilla Castelar por sus bellísimas descripciones; siendo de notar la exactitud con que presenta la facilidad con que el espíritu humano, aún en los individuos más apegados al sistema naturalista en el arte, se remonta á los espacios dó reina la idealidad más pura y absoluta.

No ménos de admirar es la elocuente apología del arte español en todas sus manifestaciones. Lo mismo cuando habla de las bellezas de la arquitectura ojival en su representación más acabada, en la Catedral de Burgos, que cuando recuerda las moriscas zambras en los alicatados de la Alhambra, muéstrase Castelar entusiasta admirador de las glorias patrias, á la par que conocedor entendidísimo de los bellísimos misterios del arte en general.

Hechas estas breves indicaciones, respecto del espíritu que anima la grandilocuente oración pronunciada en la Academia Española, pasemos á examinar, siquiera sea ligerísimamente, la obra cuya lectura ha sido causa de estas mal pergeñadas líneas.

No ha menester tal folleto de gran estudio para comprender al momento la fascinación que en su autor ha producido la magnífica elocuencia de Castelar; apenas si sabe desentenderse de tal admiración para hacer el bosquejo del discurso que antes hemos mencionado. Extráctalo en sus puntos culminantes, haciendo resaltar las ideas y juicios que en él resplandecen, apreciándolos siempre como verdades inconcusas y que no admiten réplica. Distinguese esta obra por su estilo brillante que recuerda el de Castelar y que á veces parece confundirse con él mismo. Acerca de esto, parécenos que no es el estilo de Castelar, aparte de su belleza intrínseca y de su mérito propio, el que deba imitarse, ni me-

encogérselo el corazón entre las férreas garras del temor ó del miedo. Sus brillantes ojos, que poco antes dirigían miradas de amor y de ambición, tórnanse de un lado á otro como espantados; su rostro cúbrese de palidez mortal en un principio, y después se enrojece por el fuego de la vergüenza, y le falta la voz en el momento mismo en que se dispone á pedir las armas. Pero presto el pensamiento de que las miradas de tantas encantadoras bellezas, y entre ellas las de aquella cuyos colores ambiciona llevar en la lucha y hacerlos salir victoriosos, están fijadas en él; el que un cobarde desfallecimiento lo cubriría de ridículo y de desprecio ántes caballeros y las damas allí reunidos, le restituye el valor perdido y lo aguijonea á vestir la armadura. El peso del yelmo, sus encrespadas crines, la coraza que le comprime los latidos del corazón, las espuelas que resuenan á cada paso que da, la espada que parece agitarse en la vaina, el escudo que medio lo cubre, cambian en un instante al joven tímido en un valeroso guerrero, deseoso tan solo de batirse con energía y denuedo.

Aquel traje de acero forma en torno suyo una atmósfera especial, llena de vapores bellicosos; y embiste con gozo y ardor inefable á los últimos sonidos de las trompas guerreras, animándose con el choque de las armas.

Del mismo modo Gregorio, al oír el sagrado cántico *Veni creator spiritus* (himno que se entona antes de que el obispo proceda á

nos con esa exactitud con que el Sr. Herran ha seguido sus huellas, porque suele ser facilísimo incurrir en un nuevo gongorismo, á causa de la multiplicidad de imágenes y metáforas que deslumbran al lector y le hacen perder el hilo del discurso.

Haciendo caso omiso de todos estos ligerísimos borrones que se hacen notar á primera vista, aparece siempre el Sr. Herran, por su estilo fácil y elegante, como prosista de primera fuerza, que acrecentaría en mucho su valer, si consiguiera, sacrificando un poco la exuberancia de imágenes, constituir un estilo propio.

Por lo demás, el trabajo del Sr. Herran no puede considerarse como un estudio crítico; pues en él falta esa tranquilidad de ánimo y severa imparcialidad que debe reinar en los trabajos de la crítica. Ni creemos tampoco que tal haya sido la intención del autor, por lo que su discurso no tiene otro carácter que el laudatorio y encomiástico, propio de quien está convencido de la bondad de las ideas que desarrolla.

ANTONIO ARIZTI.

OJO CON LOS ZAPATOS.

Dice un periódico, refiriéndose á la muerte del hijo mayor del director general de Beneficencia:

«Hace algunos días que tenía noticia de lo que ocurría en el hijo menor del director de Sanidad, señor Baró, niño de 12 años, pero lo alarmante que se presentaba la enfermedad, me impedía hacerlo público para no aumentar la atribulación de tan distinguida familia.

Parece que dicho niño al levantarse de la cama hace cinco ó seis días se sintió molesto porque le oprimía el pié izquierdo á causa de un sabañon que tenía. Compróse nuevos zapatos que le consintieran caminar con más desahogo y el sabañon á las pocas horas había llegado á su madurez y rompió el epidermis. Hasta aquí el hecho nada tiene de particular, pero no pasó mucho sin que hinchara todo el pié izquierdo, fenómeno al que no se dió importancia por creerle era debido al estado del sabañon; mas luego la hinchazon subió á la pierna y poco á poco á todo el cuerpo y entonces ya la familia tuvo que acudir al consejo facultativo.

El señor Baró invitó á su amigo el señor Alonso Rubio á que viera al muchacho y de-

ungir á los ordenandos con el santo óleo de los catecúmenos y les dé á tocar el cáliz y la patena) fué invadido de un soplo divino, de un éxtasis inefable. Arrojo á un lado toda especie de temor, él, creado ya en aquel momento caballero de Cristo, se sintió con nuevas fuerzas, y unió su voz clara y sonora al coro de los fieles y de los otros ordenandos.

Las notas de los cánticos sagrados confundieron su armonía con la del discurso del venerable Prelado, cuyo eco dulcísimo aun resonaba en el alma de Gregorio, formando todo ello una melodía bellísima, conmovedora, arrebatadora, como las melodías que se desprenden de las arpas de los serafines y de los bienaventurados, y que con tales encantos describe el Dante en su *Paraiso*.

VIII.

Terminada la misa, cuando hubo atravesado la puerta del templo y se encontró fuera de la influencia magnética que ejercían sobre él los sonidos, los cánticos, los perfumes y la luz de colores que descendía atravesando las altas ventanas, Gregorio experimentó una especie de vahido.

El sol, que estaba en esplendor en un cielo inmaculado, daba de lleno sobre la fachada de la Iglesia. El aire se hallaba saturado de una nitidez primaveral y los fieles que se habían detenido en la plaza delante del templo

EL PÁRROCO DE LA MONTAÑA.

lenta, melancólica, débil; parecía salir como de gran distancia. Pero poco á poco esforzó su decir, y hacia el fin de su discurso hablaba con gran animación, como si temiera por el cúmulo de ideas que se agolpaban á su mente, dejar en olvido alguna de ellas.

Bien claro se veía que aquel anciano predicando á los otros la constancia y la fuerza en la lucha; recordaba cuanto él mismo había debido sufrir y aun acaso sufría todos los días. Sus ojos, generalmente velados, brillaban en aquellos instantes iluminados por una luz divina, y todo cuanto emanaba de su persona pudiera considerarse como efuvio celeste.

Dirigiéndose á los ordenandos, el obispo había hablado en latín; y sus palabras llenas de amor paternal y de dulzura, expresadas con quebrantada voz, en aquella lengua tan austera, tan magestuosa, cuyos sonidos todos acariciaban el oído con una armonía descono-